

Ma Teresa Russo

Trascendencia y transparencia: la metáfora de la luz en el pensamiento de María Zambrano

«**D**espués tengo, entre tantos inéditos, *La aurora*, dedicado a mi madre, y cuando a veces tengo que releer algún capítulo, algún escrito, aparece la aurora al final, y es que, es verdad, al final, en todo lo que he escrito y en todo lo que he vivido aparece la aurora. Se diría que me gusta la noche porque es el prólogo de la aurora”¹.

Estas palabras de una entrevista concedida por María Zambrano en 1987 contribuyen a delinear eficazmente una suerte de retrato interior de la pensadora y, al mismo tiempo, nos permiten entrever un motivo dominante en su filosofía: la metáfora de la luz. Es, el de Zambrano, un filosofar rico en imágenes, justamente por el uso de una *razón poética* capaz de sondear temas siempre huidizos con vistas a una exploración filosófica estrictamente conceptual, como, por ejemplo, el tema del alma, de la memoria, de los sentimientos, del sueño.

La metáfora, típica del lenguaje poético, resulta, pues, para la pensadora un elemento estructural y no puramente instrumental u

ornamental, casi como si fuese la supervivencia de algo anterior al pensamiento, “huella en un tiempo sagrado”². Ésta recuerda al arquetipo junguiano, pero, en realidad, se distancia de él por su peso no biológico, sino se diría que metafísico. Y así, junto a las metáforas del corazón, del río, de la sierpe, del laberinto, del puente, del exilio, encontramos la recurrente metáfora de la luz. Está presente en las diversas imágenes diseminadas a lo largo de la reflexión zambranianiana: los *claros del bosque*, la *penumbra tocada de alegría*, la llama, la aurora, el mito de Orfeo... y en las imágenes opuestas que le hacen de contrapunto: las entrañas oscuras de la tierra, la caverna platónica, la galería subterránea de Antígona...

¿Dónde buscar el origen y el significado de esta metáfora? Por supuesto, parece innegable la vinculación, con frecuencia evidenciada por la crítica, con la *Lichtung* de Heidegger³, pero quizás no han sido tan valoradas otras dos influencias aún más determinantes, señaladas, por otra parte, por la misma Zambrano: la ejercida por el pensamiento de Plotino, donde encuentra “la universalidad de una religión de la luz”⁴, pero sobre todo la fascinación de la “sabiduría de la luz” de San Juan de la Cruz⁵.

¹ María Zambrano, *A modo de autobiografía*, en *Anthropos*, nº 70-71, 1987, p. 71.

² Véase María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 2000, “La metáfora del corazón”, p. 60.

³ Véanse respecto a esto las reflexiones contenidas en el artículo de P. A. Rovatti, “L’incipit di María Zambrano” en *aut-aut*, nº 279, 1997.

⁴ Véase *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., p.13

Si la de Plotino es una religión de la luz, el de San Juan de la Cruz es, para Zambrano, un misticismo luminoso donde, al pasar a través de las tinieblas de la noche oscura, se llega a la luz de la plenitud originaria del ser.

El significado de la luz, en este contexto, se ha de buscar, entonces, en la noción misma de existencia, que es tensión entre oscuridad y luz, ya que el nacimiento del hombre es un “nacer”^Σ desde una congénita oscuridad. La antropología de Zambrano se puede decir, por tanto, que está enteramente basada en la categoría del nacimiento, constituyendo así, en un cierto sentido, la antítesis de la heideggeriana, que gira totalmente en torno a la categoría de la muerte. El recuerdo de un origen, que el hombre lleva siempre consigo, es búsqueda de la luz, tensión hacia la trascendencia, aspiración a *ser más allá* y a ser de manera más plena. El hombre aparece, pues, como “el ser que padece su propia trascendencia”⁶, porque esta *vocación extática*, es decir, esta exigencia de proyectarse más allá de sí mismo, representa su privilegio y, al mismo tiempo, su sufrimiento.

Justamente por este motivo, según Zambrano, toda criatura experimenta el doble sentimiento del horror de haber nacido y de la nostalgia de lo que perdió, sentimiento al que siempre ha intentado oponer dos vías de salida. La primera, la del *des-nacer* representa el intento de anular el nacimiento, cancelando el tiempo y toda tensión vital: es la vía representada por el budismo, auténtica anulación del deseo de vivir. La segunda es la recorrida por la

cultura occidental, cristiana, remontándose a los orígenes⁷. Pero este *nacer de nuevo* también puede presentar una doble realización: se puede intentar a expensas de la realidad del nacimiento, esto es, intentando prescindir de la condición de criatura y rechazando cualquier dependencia. Tendremos, entonces, el delirio del superhombre de Nietzsche, que intenta *ir más allá* con sus propias fuerzas, volver a la condición que precede al nacimiento, al momento de la creación primigenia⁸. Éste “se ha consumido para ser un cuerpo luminoso”⁹, sin embargo, “la destrucción no ha conseguido la trascendencia, sino que imantada vuelve a su punto de origen y allí devora el propio sujeto”¹⁰.

Hay, sin embargo, otro camino: es el del misticismo. El místico es “crisálida que deshace el capullo (...) y que devoró su propio cuerpo para transformarlo en alas”¹¹, que se aniquila, no para destruirse, sino para renacer. Se salva porque tiene el valor de ir más allá de sí mismo por puro amor carente de narcisismo, obteniendo al final “una suprema realidad que trasciende todo bien y toda idea; espacio infinito, donde hundirse es renacer”¹². Y el místico alcanza la plena luz porque se reúne con lo divino: si el hombre es el ser que “tiene la vocación de la transparencia”, sólo en lo divino encuentra la transparencia que siempre ha buscado¹³. Así se define el resultado del itinerario de San Juan de la Cruz: “Nada le detenía y nada le llegaba a su íntimo dentro más que la llama de amor y a nada acudía más que a la fuente que mana en la Noche”¹⁴.

⁵ Véase “San Juan de la Cruz (De la “noche oscura” a la más clara mística)” en María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998.

^Σ “Venire alla luce” en italiano.

⁶ Véase *A modo de autobiografía*.

⁷ Véase “La vida en crisis” en *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit., pp. 113 ss.

⁸ Véase “La destrucción de la filosofía en Nietzsche” en *Hacia un saber sobre el alma*, ed. cit.

⁹ Véase *A modo de autobiografía*, ed. cit., p. 72.

¹⁰ “La destrucción de la filosofía en Nietzsche”, ed. cit., p. 164.

¹¹ “San Juan de la Cruz (De la “noche oscura” a la más clara mística)”, ed. cit., p. 266.

¹² “La destrucción de la filosofía en Nietzsche”, ed. cit., p. 163.

¹³ Véase *A modo de autobiografía*, ed. cit., p. 69.

¹⁴ María Zambrano, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1991, p.72.

Esta claridad, sin embargo, aparece como una meta privilegiada. A lo largo de su existencia el hombre percibe la luz siempre limitadamente, nunca plenamente saboreada: rayo, penumbra, claroscuro... Por ello la luz de la aurora aparece como el símbolo más expresivo de la filosofía de María Zambrano, en la medida en que alude a una determinada condición de la existencia: existir significa tender siempre a la búsqueda de la luz plena, es decir, a la absoluta transparencia de uno mismo, que se alcanza cuando el sentido de la vida aparece plenamente desvelado. Se trata de la claridad que también la razón querría poseer en el conocimiento, el sueño cartesiano de las ideas claras y distintas, que, sin embargo, fracasó miserablemente, porque provocó la rebelión de la vida. La aurora, de hecho, es algo que se ofrece, no se impone con la meridiana claridad de la luz del sol, que es, por el contrario, el símbolo del imperialismo de la racionalidad moderna, que deslumbra, ciega y conduce a la opacidad. Auroral es la historia misma, siempre en camino hacia un desvelamiento y una trascendencia que nunca se alcanzan plenamente.

"Como todas las revelaciones, la Aurora se me ha aparecido de muchos modos. En la España de 1937 cuando volví a la guerra ahora ya perdida, fue una Aurora de sangre. En La Habana, para sorprender el alba, me tumbaba a la orilla del mar. Siempre he caminado hacia el alba, no hacia el ocaso; y siempre he sufrido por tantas albas precipitadas en el ocaso"¹⁵.

La aurora, el alba, se presentan huidizas, momentos difíciles de definir, relativos a un "no-ser-ya" y a un "todavía-no": son, por tanto, metáforas de un existir que se caracteriza como devenir imprevisible, porque es fruto de la libertad del hombre y como camino hacia una plenitud nunca alcanzable de modo perfecto.

En el discurso pronunciado con ocasión del premio Cervantes, María Zambrano dedicó algunas de sus reflexiones justamente a este tema del alba, comentando el conocido pasaje de *El Quijote*:

"Sería la del alba...", dice Cervantes que era cuando Don Quijote salió al camino. "Sería", dice, con la incerteza propia del alba, del alba que cuando alguien la mira y la sigue es un alborar. No un estado de la luz, una hora fija del día, como lo son las otras horas del día, aun las del crepúsculo, cuando es largo. Y las horas, según vienen del alba, van ganando tiempo. El alba se diría que no lo tiene, que ese su alborar no se lleva tiempo, no le gasta ni lo consume; que es su aparición, que, tratándose del tiempo, no puede darse más que así, en una especie de labilidad como de agua a punto de derramarse. Como si el océano del tiempo y de la luz – del tiempo-luz – se asomara de par en par al filo del desbordarse y del retirarse. Pues, por clara que sea, el alba es siempre indecisa.

El alba da la certeza del tiempo y de la luz, y la incerteza de lo que luz y tiempo van a traer. Es la representación más adecuada que al hombre se le da de su propia vida, de su ser en la vida, pues que el ser del hombre también alborea. Ante el alba, el hombre se encuentra consigo y ante sí, en ese su ir a desbordarse e ir a ocultarse, en esa su indecisa libertad semisoñada. Y ante el alba, la suya, la del día, se despierta yendo a su encuentro"¹⁶.

En esta condición auroral de la existencia, la esperanza tiene un papel fundamental y también ella aparece unida a la imagen de la luz. La esperanza está "encendida como fuego y como lámpara en el corazón"¹⁷: representa la ocasión que a cada uno se le da, la posibilidad de salir de la caverna, a condición de que el

¹⁵ Entrevista con Pilar Trena, TVE, "Muy personal", 1988.

¹⁶ Discurso de María Zambrano en la entrega del premio Cervantes 1988 en *Diario 16*, 25. IV. 1989, p. 34; *María Zambrano. Premio "Miguel de Cervantes" 1988*, Barcelona, Anthropos / Ministerio de Cultura, 1989, pp. 54-55.

¹⁷ *Los bienaventurados*, ed. cit., p. 111.

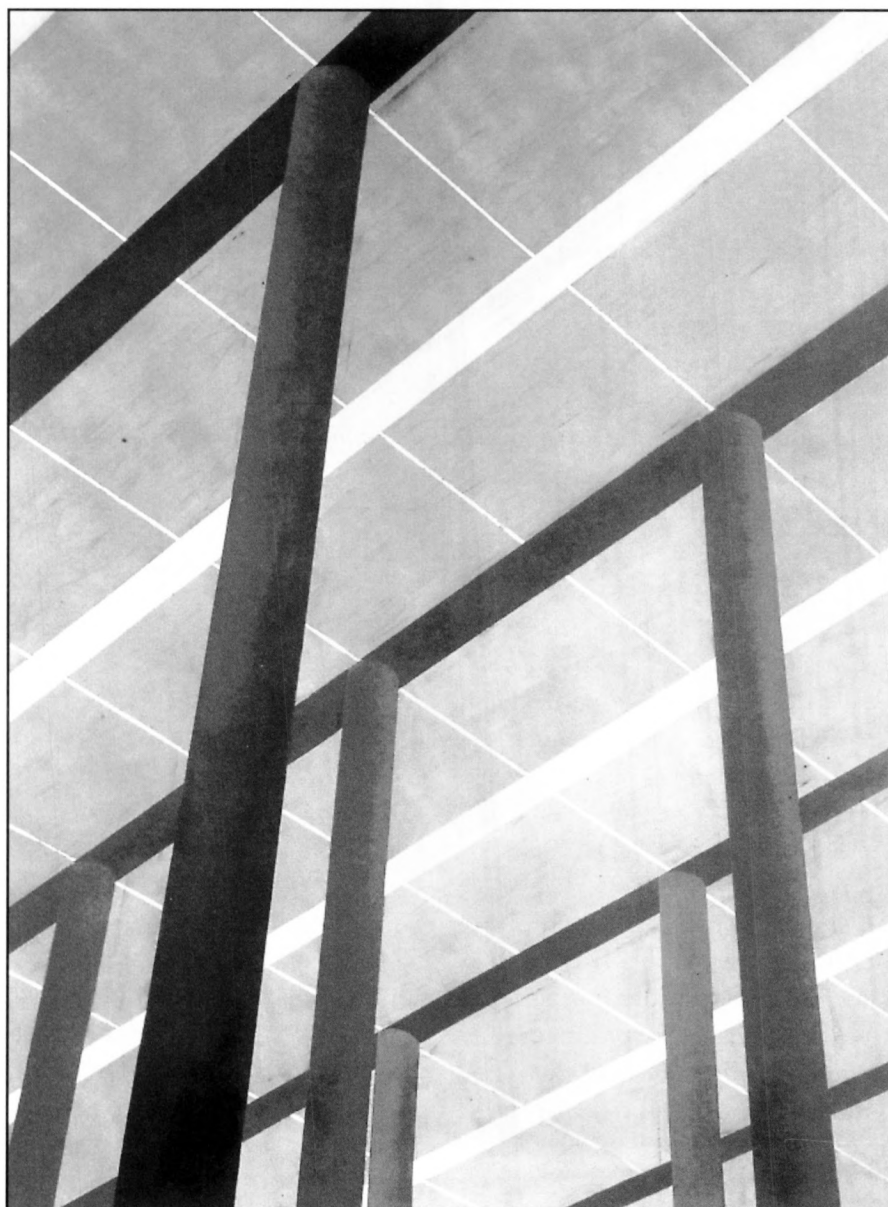
Aurora

hombre no renuncie a enfrentarse al enigma del propio ser, que es llamada a la trascendencia. Ésta es la meta que señalan los que Zambrano llama “bienaventurados”: seres de fuego impalpable que han superado ya toda antinomia y nos atraen “como un abismo blanco”¹⁸. Su luz reverbera la esencia de la condición humana, una época embrionaria de la humanidad, “un tiempo anterior a todo tiempo vivi-

do”, donde la quietud absoluta es orden y armonía, danza cósmica.

“La danza de lo acabado de nacer o de lo que no ha nacido todavía, o de lo que nunca nacerá, pero la danza que es danza para siempre”¹⁹.

Traducción: Carmen Revilla



Ángeles Mauriño, *Cuando me desperté a la mañana siguiente*, 1999

¹⁸ Ibid., p. 69.

¹⁹ Ibid., p. 70.